

que le hicieron profeso, en tiempo que el hervor de su devoción se mostraba en mayor grado y le tenía más ocupado su juicio... De hombre que así vivió y murió no me ha parecido que su fama se callase, y así, como arriba dije, he querido publicar sus obras y agora enderezallas á Vuestra Señoría... Sus obras, aunque en algunas cosas traten materias livianas, son tratadas con tan gentil ingenio, con tan próspera invención, con tan graves sentencias, con tan derecho juicio, y en fin, con tan buen estilo, que la liviandad cesa y todas estas cosas quedan : quanto más que no ha sido poca dificultad lo liviano tratallo gravemente sin pesadumbre. Dígolo de lo que menos él ha escrito : que de lo más que él compuso, y quizá todo, si bien se considerase, podráse muy bien ver que al cabo se reduce en cosas graves, y de donde se puede sacar mucho provecho, si en manos del que lo leyere no se pierde» (1).

(1) *Obras nueuamēte imprimidas assi en prosa como en metro de Moner, las más dellas en lengua castellana y algunas en su lengua natural catalana, compuestas en diversos tiempos y por diversos y nobles motivos : las quales son más para conoscer y aborrescer el mundo q̄. para seguir sus lisonjas y engaños.*

Colofón.) *Aquí acabā las obras q̄. se han podido hallar de Moner en prosa y en metro... emēdadas cō harto trabajo por ser en los traslados q̄. se hū hallado dellas corruptas y muy mal escritas. Imprimidas en la insigne ciutat de Barcelōa por Carles Amoros a gastos de quien hoy más ama y deue al auctor dellas. Año de la natiuitat de nuestro Redemptor. M.D.XXVij.*

Fól. Letra gót., 52 hs. Con un grabado en madera alusivo á *La Noche de Moner*.

No he visto más que dos ejemplares de este rarísimo libro : uno que perteneció á la Biblioteca de Salvá, y otro que poseía D. Manuel de Bofarull. Torres Amat (*Diccionario de escritores catalanes*) cita otros dos : uno de la Biblioteca del Cabildo de Toledo, y otro de la Episcopal de Barcelona.

Empieza este volumen con una visión ó fantasía moral en prosa : *Obra intitulada «La Noche de Moner», más propiamente llamada Vida Humana*; la cual el autor dedicó á la Duquesa de Nájera Doña Juana de Cardona. En este castillo alegórico que sigue la traza y pauta de las composiciones de su género, aparecen personificados el odio, el deseo, la pasión, el deleite, la tristeza, la esperanza, la desesperación, el temor, el descuido, la ira, la mentira, la pobreza, y todo género de vicios y virtudes.

Las poesías castellanas, que son en bastante número, pertenecen todas á la escuela de fines del siglo xv, entre cuyos autores el predilecto de Moner parece haber sido Juan del Enzina, á quien manifestamente imita, sobre todo en los versos cortos, que son en uno y otro poeta mejores que los largos. Ni la versificación ni la lengua de Moner son intachables, y con frecuencia se conoce que no había vivido en Castilla, por lo cual claudica á veces en el legítimo acento no menos que en la propiedad de las palabras, pero tenía oído musical, y remeda con bastante soltura la manera de las canciones y los villancicos de Enzina. Citaré dos ejemplos, uno profano y otro sagrado. Sea el primero parte de un diálogo bastante fácil y gracioso entre un cazador y una águila, símbolo de la egregia señora á quien el poeta amaba y servía con poca fortuna :

*¿Dónde irás á posar,
Aguililla caudal?
Polla zahareña,
¿Quién detrás te corre?
Deja la cigüeña
Del nido en la torre;*

Mas por (1) tu volar
Que las nubes pasa,
Mi vista es escasa,
No puedo alcanzar
Dónde irás posar.

Las alas al cielo,
No temes pihuelas :
Es gran desconsuelo
Que siempre más vuelas ;
Por ver dónde tiras
Yo me fago mal,
Tú muy bien lo miras,
Aguililla caudal.

.....
¿Qué gloria sería
Poderte cebar,
Donde irás posar?...

.....
Reina de las aves
En todas maneras,
Mis pasos son graves,
Tus alas ligeras...

.....
Aguililla ajena,
Que en las nubes *lucen*,
No hay carne tan buena
Que no la *rehuses*;
No espere ninguno
Que quieras bajar,
Pues si vas de ayuno,
¿Quién puede acertar
Dónde irás posar?

Entre las hermosas
Tú sola hermosa,
Si en cumbre te pones
No sea fragosa :

(1) Incorrección catalana : *por* en vez de *para*.

Pósate donde era
El verde pradal,
Si fuere ribera
No sea arenal,
Aguililla caudal.
Aguililla esquiva,
Pósate en poblado,
Mientras que yo viva
Terné este cuidado ;
No espero que vea
Cuál querrás tomar,
Mas cualquier que sea,
Bendito el lugar
Donde irás posar.

Contesta el ave :

Déjame volar,
Cazador de mal.
En balde te quejas
Por cosas que sueñas,
Ni es mucho si dejas
Por mí las cigüeñas ;
Mas de mi vida
No cures pensar,
Que llevo por guía
Mi vista sin par,
Déjame volar.

.....
Encubre rodeos
De tantos amaños,
Que vuestros deseos
Son todos engaños ;
Soy suelta aguililla,
No me he de trabar,
Ni tengo mancilla,
Pues vas á engañar :
Déjame volar.

.....
Cetrero dudoso

Que mal fantaseas,
Tú estás peligroso
Si más me deseas;
Según vas á tranco
Y á más más andar,
El llano es barranco,
Podrás tropezar:
Déjame volar.

El cuitado amador responde:

No puedo olvidarte
Después que te vi;
Caer por mirarte
Es bien para mí;
Si estás enojada
De mi porfiar,
No pierdes tú nada,
Déjame mirar
Dónde irás posar.

ELLA

Si tú ves tan poco
Y yo voy tan alta,
Dirán que eres loco
Que miras en falta;
En tal cetrería
No hay buena señal:
Deja la porfía,
Que es negro caudal,
Cazador de rial.

ÉL

Aguililla ufana,
Cuant más alta vas
Me pone más gana
De irte detrás:
Qu' en sola fianza
D' en ti contemplar

Mayor bien se alcanza
Que de otra gozar:
¿Dónde irás volar?

Paréceme que el trovador rosellonés se acordaba de
aquel lindo villancico de Juan del Enzina:

Montesina era la garza
Y de muy alto volar,
¡Quién la pudiera alcanzar!

La imitación del poeta salmantino es todavía más vi-
sible en estas *Coplas á Nuestra Señora*:

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

.....
Tarde me vuelvo, señora,
Pero más vale algún hora
Que jamás;
Porque eres dulce é muy pía,
Todavía,

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

Tú no eres desconocida
Á ninguno,
Ni es cualquiera que te pida
Importuno;
Quien te sirve no desvía
De alegría;

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

Tú nunca juzgas con ira
Las personas;
Á aquel que por ti sospira
Gualardonas;
Tú no sigues fantasía
Ni porfía;

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

.....
Sin celos son tus amores
Escogidos;
Por ser tus altos valores
Infinidos;
Cuanto siguen esta vía
Van de día;

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

.....
Entre Dios y mí te pone,
Reina pura,
Haz que tu hijo perdone
Mi locura,
Porque si más la seguía
Hundirme hía;

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

.....
Sácame, Virgen, d' aquí
D' esta selva,
Haz que el que murió por mí
Que me absuelva,
Destruye la idolatría
Que tenía;

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

Hoy comienzo, te sirviendo,
Libro nuevo,
En tus manos encomiendo
Lo que llevo;
Mi alma que se perdía
Tú la guía,

*Tú me guía, reina mía,
Tú me guía.*

Basta con los trozos transcritos para estimar que

Moner, aunque bastante incorrecto (en lo cual tiene disculpa), no es un poeta indigno de memoria, siquiera por haber sido el primer catalán que hizo versos castellanos tolerables.

Entre las pocas obras que compuso en su lengua nativa, merece especial atención *L' anima de Oliver*, que es una imitación del famoso *Sompni* de Bernat Metge. Supone el autor que se le aparece el alma de un caballero amigo suyo ya difunto, y que disputa con él copiosamente sobre el libre albedrío.

En Mallorca, cuyo aislamiento geográfico hacía más lentas las evoluciones literarias que en Cataluña y Valencia, no hubo poetas castellanos hasta muy mediado el siglo XVI, y después del triunfo definitivo del endecasílabo y de la escuela italiana, siendo Jaime de Oleza el primero digno de mención, como á su tiempo veremos.

La influencia de la poesía castellana en las regiones orientales de la Península á fines de la centuria decimaquinta, se manifiesta no sólo por la existencia de poetas bilingües, sino por la introducción y el empleo cada vez más frecuente del verso castellano de arte mayor, que Mosén Ruiz de Corella usó por lo menos una vez:

Ma gran caritat, amor é larguesa...

y que sirvió á Fenoller y á Escrivá para su famoso diálogo sobre la Pasión, compuesto todo en estrofas como ésta:

Qui, Deu, vos contemple | de la creu en l'arbre
Penjat entre ladres, | per nostra salut.
Tanchats te los ulls | e lo cor de marbre
Ab ingratitut,

Si tostems no plore d' amor gran vençut,
 Pensant quina mort | volgués humil pendre
 Per sols a nosaltres | la vida donar
 Ab cap inclinat | los brassos estendre
 Mostrant-nos amar;
 Perque-us desijam | en creu abrassar. —

Hasta en Mallorca había penetrado el verso de doce silabas, como lo prueba el *Menyspreu del mon* de Francisco Oleza:

Ab manto de plors | el cel se cobría
 Y tota la terra | mostrava gran dol..

contestado en el mismo metro por Benito Espanyol.

Había una razón más para que la poesía castellana fuera infiltrándose rápidamente en la cultura del Levante de la Península. La Corona de Aragón era una monarquía federativa, que comprendía cuatro estados autónomos: tres de ellos de lengua catalana (el condado de Barcelona, el reino de Valencia y el de Mallorca), y otro de lengua castellana hablada con variantes de dialecto, que era el reino de Aragón propiamente dicho, destinado por su posición intermedia á servir de lazo entre ambas lenguas y literaturas. Este dialecto, que suele calificarse como de transición (aunque en rigor filológico sea muy dudoso que tal género de dialectos existan), tuvo en la Edad Media uso no solamente jurídico y diplomático, sino literario, como lo acreditan las numerosas traducciones y compilaciones históricas mandadas hacer por el famoso Maestre de San Juan, Fernández de Heredia. Pero parece que este cultivo se limitó á la prosa, puesto que los poetas aragoneses, ya bastante numerosos en el *Cancionero de Stúñiga*, en el llamado de Herberay, y en otros de la

segunda mitad del siglo XV, si bien atentamente examinados pueden ofrecer algún provincialismo, en general se sujetan á la norma de los trovadores castellanos y escriben en la lengua común y corriente, es decir, en la insípida lengua de los cancioneros, que debía de ser muy fácil de manejar cuando con tanta presteza se la asimilaba todo el mundo (1). Hemos dado á conocer, en Prólogos anteriores, á algunos de estos ingenios, tales como Pedro de Santafé, Mosén Hugo de Urríes, D. Juan de Sessé, Pedro de Moncayo. Pero bien puede decirse que antes de la aparición del notabilísimo *Cancionero* de D. Pedro Manuel de Urrea

(1) Esta misma facilidad existía respecto de la lengua trovadoresca catalana, no menos monótona y convencional que la nuestra. Por eso vemos figurar entre sus poetas del siglo XV, algun que otro aragonés como el escudero Martín García, Mosén Rodrigo Díaz (amigo de Ausias March), Mosén Navarro y pocos más, notándose en ellos que tienen predilección por los géneros musicales como la *dansa* y el *lay* (Véase la *Resenya dels antichs poetas catalans* de Milá y Fontanals, en el tomo 3.º de sus *Obras completas*). En la poesía á modo de centón de Francesch Ferrer, titulada *Conort*, se encuentran algunos versos castellanos muy estropeados de poetas aragoneses. Pero es singular que á pesar de haber vivido en unión pacífica y gloriosa Aragón y Cataluña durante toda la edad heroica de su historia, jamás los dos pueblos se identificaron, ni siquiera se asimilaron el uno al otro, continuando cada cual su desarrollo propio, y tomando muy poco de casa del vecino. La verdadera afinidad de los aragoneses era con los navarros de la Ribera, y con los castellanos, especialmente de la Rioja.

Dióse también el caso rarísimo de uno ó dos trovadores navarros (probablemente del séquito del Príncipe de Viana), que usaron el catalán como lengua poética: un Valtierra y un Francisco de Amescua. Creemos que este hecho puramente accidental nada tiene que ver con el uso mucho más antiguo del provenzal en el Burgo de Pamplona, de que el poema de Aneüers (siglo XIII) da testimonio.

(1513), aunque hubiese versificadores en Aragón, no hubo propiamente poesía. La de Urrea lo es algunas veces, y con una sinceridad de sentimiento á que no nos tienen muy acostumbrados los líricos de la Edad Media.

Era este poeta hijo segundo del Conde de Aranda D. Lope (primero de este título), y su nacimiento puede fijarse aproximadamente en 1468, puesto que él mismo dice que contrajo matrimonio á los diez y nueve años de edad, y la fecha de las capitulaciones es de 1505. Era muy niño cuando murió su padre, circunstancia á que alude en una notable composición que citaremos después, en la cual finge que en sueños se le aparece su sombra :

Díxome : «¿No me conoces,
D. Pedro Manuel de Urrea?
Á quien gran bien te desea,
Óyele y no te alboroces.
Soy aquel que te engendró,
Que mi sangre en tí se encierra

Según vi;
Soy aquel que se partió;
Cuando veniste á la tierra

Me partí.»
Oyendo yo estos antojos
Con esfuerzo no liviano,
Llegué y beséle la mano
Con lágrimas en los ojos...
Viendo lo que hubo hablado,
De rodillas á él llegué
Y las manos le besé
Con el corazón quebrado;
Díxele : «Señor, señor,
En mi desdicha partiste
Tú dichoso :

Fuiste á ver al Salvador;
Yo, triste, quedé en lo triste
Sin reposo.

Un dolor me veo tener :
Entrando tú en blancos paños,
Por no pasar de cuatro años
No te pude conocer...

Mas cuando sin ti me vi
Que tan triste yo quedé,
¿Por qué yo no te alcancé
Ó tú no alcanzaste á mí?
Que en quitar lo que baldona,
Excusado es ya que ande

Mi porfía;
Que en perder yo tu persona
¡Oh qué pérdida tan grande
Fué la mía!...

.....
Al tiempo de tu subida
Comenzaba yo á subir :
Comenzaba mi vivir
Cuando se acabó tu vida...

Su padre no le había dejado más señorío que el de Trasmóz, por lo cual su fortuna nunca fué muy holgada, contristando además su generoso ánimo, cuando llegó á la edad de la razón, las disidencias de su familia, y sobre todo el largo y empeñado pleito que su hermano mayor sostuvo contra su madre Doña Catalina de Urrea, pleito escandaloso que fué para nuestro poeta una pesadilla, como lo declara á cada momento en sus versos, y hasta en la dedicatoria que de ellos hizo á la misma señora, á quien profesaba filial ternura : «Siendo el señor Conde tan cuerdo y sabio caballero como en nuestro linaje lo haya habido, enajenarse de sí en tal manera, mucho se debe hombre de

»maravillar. Tal madre Vuestra Señoría nos ha sido,
 »que erraríamos nosotros en ser desobedientes, por
 »haber sido madre con Dios, y por ser tal para con el
 »mundo. Los bienes que Vuestra Señoría nos ha pro-
 »curado, aunque la memoria de mí no los quita, no de-
 »bria decirlos, porque se tiene por yerro y por propias
 »alabanzas las de los padres y madres. Después que
 »Vuestra Señoría ha levantado nuestro linaje de
 »Urrea, ¿de quién *otri* nos ha venido consejo para los
 »negocios y fuerza para las obras? ¿Quién *otri* nos ha
 »dado la honra, hermana del alma?... Estos enojosos
 »negocios de Vuestra Señoría por haber sido por
 »pleyto, se conoce claramente ser más procurados por
 »puntos de letrados, que por voluntad de las partes,
 »porque ellos no pueden perder y olvidan la ganancia
 »de los otros.»

Nada menos que una larga composición en coplas de pie quebrado, imitando el estilo y la filosofía de Jorge Manrique, escribió sobre este pleito, desahogando en el pecho de su tío, D. Luis de Hijar, Conde de Belchite, el desconsuelo que aquella guerra doméstica le causaba, y rogándole que interviniera como mediador y reparador en aquel litigio. Con esta ocasión discurre largamente, mostrando más seso y madurez de lo que de sus verdes años podía esperarse, sobre la vanidad de los bienes de este mundo y sobre lo incierto y variable de la fortuna, con aquel mismo género de estoicismo senequista que hemos reconocido en el diálogo de *Bías contra Fortuna* del Marqués de Santillana, y en otros poemas análogos, con los cuales, este de Urrea, á pesar de ser obra de principiante, puede ser sin gran desventaja comparado, á lo menos en algu-

nos lugares y sentencias, expresados con mucho brío:

El que conocer desea
 El varón que vive fuerte,
 Mírelo
 Cuando le viere en pelea,
 Porque vea si su suerte
 Teme, ó no.

¿Quién será flaco varón,
 Si la fortuna le dexa
 Sosegar?
 Mas el recio corazón
 Huelga que fortuna texa
 Su telar.

.....
 Los corazones mayores
 Nunca suelen desmayar
 Viendo la muerte;
 Que los buenos luchadores
 Siempre huelgan de luchar
 Con lo más fuerte.
 Estas cosas van en rueda;
 Dan, pues no están en un ser,
 De bien en males :
 La rueda nunca está queda,
 Siempre la vemos mover
 En los mortales.
 Cuándo abaxo, cuándo arriba,
 Siempre va dando sus vueltas,
 Muy redondas;
 Uno sube, otro derriba,
 Sus cosas van desenvueltas,
 Van en ondas..

No sabemos á punto fijo cuáles fueron los estudios de Urrea, pero no hay duda que su educación fué más caballeresca que literaria. Tuvo algunos principios de la lengua latina, pero nunca llegó á dominarla, según él mismo confiesa con la simpática ingenuidad de que

no se aparta nunca. Sus obras manifiestan que le eran familiares los poetas italianos, especialmente el Petrarca, cuyos *Triunfos* imita y aun traduce en su poema de las *Fiestas de amor*. Su vocación poética y musical fué nativa y aun puede decirse que hereditaria. Su padre había sido trovador, y su hermano lo era también, pero como solían serlo los grandes señores de entonces, es decir, como meros aficionados, y en composiciones breves y efímeras. Nuestro D. Pedro, por oculta é irresistible inclinación de su estrella, tributó á las musas culto mucho más formal y asiduo; y eso que tenía que luchar, de una parte, con su grandísima y no afectada modestia, y de otra con cierto género de altivez aristocrática, que le hacía considerar como de menos valer el ejercicio de hacer coplas, aterrándose sobre todo ante la idea de que llegaran á andar en manos de la plebe y á ser pasto de las venenosas lenguas de los maldicientes. Todo esto se halla expresado con el más delicioso candor en sus prólogos:

«Yo siempre, de muy pequeño, he sido muy codicioso de la lengua latina, y aunque carezca della, que no haya alcanzado tanto como quisiera y para esto me fuera necesario, con lo poco que della he oído, la doblada afición ha consentido una poca obra al mucho deseo: no que sea cosa merecedora de alabanza. Y cierto, señora, hoy va tan abaldonado el dezir, y más en metro, que ninguna cosa s' estima considerando se halla en poder de hombres soezes. Yo debía callar, lo uno por mi dezir no ser bien dicho, lo otro porque el Conde mi señor, que santa gloria posea, ha dicho tan bien que ha dexado tanta memoria de sí por aquello para entre trovadores, como por lo otro para en-

«tre caballeros. Pues si digo del señor Conde mi hermano, no menos dezir se puede. Lo que yo hasta aquí he hecho no ha sido otra cosa sino una esperanza de ser algo... ¿Cómo pensaré yo que mi trabajo está bien empleado, viendo que por la emprenta ande yo en bodegones y cozinás, y en poder de rapaces, que me juzguen maldicientes, y que cuantos lo quisieren saber lo sepan y que venga yo á ser vendido?»

No es difícil adivinar cuál sería la principal materia de sus versos juveniles. Fueron de amor casi todos, y como el poeta contrajo matrimonio en edad temprana, y parece haber sido apasionadísimo galán de su legítima mujer Doña María de Sessé, debemos pensar piadosamente que son anteriores otros devaneos suyos, de que su *Cancionero* nos da testimonio. Urrea es un poeta tan absolutamente sincero, tan incapaz de fingir lo que no siente, que erraría mucho el que creyese que son mero tributo pagado á la moda literaria los versos que dedica á sus amigas. Pero si tales versos hubiesen sido escritos después de su casamiento, nunca un hombre de tanta rectitud moral se hubiese atrevido á incluirlos en un *Cancionero* que formó principalmente para obsequiar á su madre. La soltura de las costumbres de aquel siglo toleraba muchas cosas, pero no tanto.

Que no eran del todo platónicas estas pasiones ni quiméricos los objetos de ellas, lo prueban los singulárisimos versos que Urrea compuso á una gentil mora que se llamaba la *Moragas*. En un villancico exclama:

Mahoma, cuéntame nuevas
De la mora tan nombrada.
— Juro á Alá qu' es desposada.
Desposaron la una aljoma

Con un morillo extranjero;
Llámase también Mahoma,
Tan manso como cordero.
Bayló con mi compañero
Con una saya pintada,
Dichosa más que entallada.

Cuando murió la linda mora, el poeta se afligió mucho, no sólo por el amor que la tenía, sino por el desconsuelo de que se hubiese ido al otro mundo sin bautizar. Entonces compuso estas coplas, donde expresa con ingenuidad una pasión muy verdadera :

¡Oh que mal tan fatigoso
Para mí,
Que tu cuerpo tan gracioso
Esté en lugar tan dañoso
Para ti!

.....

No alegrarán jamás
Ya mis días,
Cuando pienso que do estás
Ya levar no me podrás
Como podías.
No holgabas con mis canciones
De tormento,
Ni agora mis oraciones
No quitarán tus prisiones
Que yo siento.
¡Qué tan triste y cuán en calma
Fué tu ida!
Mis ojos limpia mi palma,
Que lo que siente tu alma
Siente mi vida.
Mi amor no pudo crecer,
Mas creció
Cuando no te pudo ver;
Mi mal con tu fenescer
Se dobló.

.....

El mismo poder llevaste
Que tuviste;
En vida me cativaste,
Y con muerte me dexaste
Muy más triste;
Y aunque el daño que he tenido
Tú consientes,
El fuego que te ha venido
Sentiré, siento, he sentido
Lo que sientes.
¡Oh! ¡Si yo fuera Orfeo
Cómo entrara
Con este fuerte deseo
A sacarte do te veo
Cuerpo y cara!
Y las furias infernales
Pararía;
Si entrase yo con mis males
Entre todos los mortales
Te vería.
Queda tan atribulada
Mi persona
Como tu triste morada;
Viéndote tan desdichada
Se baldona
Mi vida, con el pensar
Donde moras.
Con tu gracia singular
¡Ay! do te veo estar
Me enamoras.

.....

Mas yo de tu desventura
Me fatigo :
¡Ver que dió poder natura
En tu gracia y hermosura
Al enemigo!

Y luego prorrumpe en invectivas contra el falso re-

negado Mahometo, que se llevó tal mujer á las llamas donde arden sus secuaces.

No era la primera vez que un trovador español se confesaba enamorado de una mora. Antes que Urrea lo habian sido, entre otros, el Arcipreste de Hita, Alfonso Alvarez de Villasandino y el estrafalario Garci Ferrandes de Jerena; pero lo que en ellos fué pasajero capricho (y en el último cálculo interesado, aunque le salió fallido), parece haber sido muy otra cosa en el infantil corazón del hijo de la Condesa de Aranda.

Con la inconstancia, sin embargo, propia de tal edad y de tales amores, se declara prendado de otras varias bellezas, ya populares, ya cortesanas, y canta en donosos *villancicos*, de tono muy realista, á las zagalas de Trasmoz y de Illueca y á las gallardas bailadoras de Zaragoza :

Con gran placer y alegría
Tu grande gracia retoza,
Pues en toda Zaragoza
No hay tu par en lozanía.
Eres linda en demasía;
Ninguna zaragozana
No puede ser más lozana.

Con tu saya la amarilla
Y tus chapines pintados,
A todos das mil cuidados,
De nadi tienes mancilla.
La sortija y la manilla
Te hacen ir muy lozana,
Hermosa zaragozana.

Vas, estirada la zanca,
Con largo y justo calzado,
Y tu bailar mesurado
Gran sobra de tierra atranca.
Tan colorada y tan blanca

Como una linda manzana,
Hermosa zaragozana.

Sales tan chapa dorada
Cuando sales los domingos,
Haziendo dos mil respingos,
Que turbas la garzonada.
Hazes tú con tu bailada
La sonada más galana,
Hermosa zaragozana.

La gente que se percata
Lieva pasmadas las gestas,
Porque de cara y de cuestras
Pareces hecha de plata.
Bailando, alzas la pata
Como zagala lozana,
Hermosa zaragozana.

.....
Bailas con tantos antojos
Cuando en el mandil te tocas,
Que te miran con las bocas
Abiertas como los ojos.
Tú quitas todos enojos
Con tu vuelta tan liviana,
Hermosa zaragozana.

Hemos escogido de intento lo que tiene más color y brío, lo que más se aparta de la trivialidad ordinaria de los Cancioneros; pero aun en aquellas poesías amorosas que más participan del amaneramiento de escuela, tiene á veces rasgos felices, como éste :

Vieja os vea yo esa mata
Crecida como mi lloro,
¡Mata de cabellos de oro;
Hasta ser color de plata!

Hemos dicho que D. Pedro Manuel de Urrea era muy joven, casi niño, cuando hizo todos estos versos. Los hombres de aquel tiempo madrugaban mucho en